

flexiones hácia la calle de Corpus-Cristi Rossi lo vió al instante, y exclamó para sí.

—¡Pronto veremos quién triunfa!

Y siguió el mismo rumbo, sin que D. Antonio notase su proximidad, ni el cuidado con que marchaba para no ser oído.

## CAPITULO XI.

El ama y la criada.

A la hora misma en que Cárlos salía de su casa dejando á su anciano padre entregado al mas profundo pesar, salía tambien de otra que se encontraba á muy larga distancia de aquel sitio un hombre que llevaba vendado el brazo derecho con un pañuelo blanco.

Este hombre era Fernando que, desentendiéndose de los cariñosos ruegos de su esposa, se dirijia á la casa en que hacia dos años pasaba las principales horas de la noche.

Luisa, al ver partir á su esposo, se sentó abatida sobre el sofá que adornaba la pieza en que tuvo lugar la desagradable escena de la carta. La conducta de su cónyuge,



era cada dia mas inexplicable, y muy particularmente en aquel instante en que, mas que nunca, se hacia indispensable su compañía por los desórdenes á que habia estado entregado el populacho.

Luisa habia disculpado hasta entonces á su esposo; pero no pudo tener la misma indiferencia en aquellos criticos momentos en que todos temian, y nadie abandonaba sin una necesidad apremiante, que no existia en Fernando, los objetos mas caros del corazon.

Como es natural en casos semejantes, la imaginacion de Luisa se detuvo á hacer comparaciones entre el amor verdadero, vehemente, apasionado y tierno de Miguel, y el frio, severo, callado y ceremonioso de Fernando. Pensó en la felicidad sin término que hubiera disfrutado al lado de aquel hombre que no tenia mas pensamiento que el suyo, y en la soledad y abandono en que la dejaba aquel á quien, por obediencia filial, se habia unido, y exhaló un suspiro que indicaba lo poco ventajosas que eran aquellas comparaciones para el segundo.

La memoria de Miguel la recordaba los juramentos mas apasionados, aquellas promesas de amor eterno que hacen los verdaderos amantes cuando se halla el alma en la plenitud de toda su pasion; la presentaba á la vista aquel mundo ideal de campos floríferos, de lagos fantásticos, en que se desliza la vida, mecida por auras balsámicas, y llevada en alas del ángel invisible de la felicidad; le realizaba los sueños miríficos, sublimes, risueños, maravillosos que finge la fecunda imaginacion del enamorado, en un eden de quiméricos matices, cercado de poéticas grutas, de sonoras cascadas, de bosques odoríferos, donde el pesar no tiene principio, donde la ventura no encuentra fin. Se olvidaba de que tambien Fernando, antes de que en lazo indisoluble se uniera, le habia pintado con sublimes colores, el dulce porvenir que le esperaba. Tampoco tenia presente los multiplicados ejemplos de otras lindas amigas suyas que, antes de ser esposas, soñaron, como ella, arrulladas por las lisonjeras palabras de sus amantes, con un oasis de imperecedera



ventura, para ver despues desvanecerse, casi de repente, los vivos matices de tanta ilusion fingida; para vivir despues en un mundo de transiciones, de peripecias, donde alternan el llanto con la risa, los placeres con las penas, la dicha con el pesar: en un mundo despojada de la deslumbrante poesia con que lo engalana la creadora imaginacion del que ama por primera vez; en un desierto, en fin, donde los goces son instantáneos, donde el pesar dura tanto como la vida.

Por esto sin duda ha dicho un autor frances, que *el matrimonio es la tumbá del amor*.

No estoy conforme con este parecer.

Si el amor es el frenesí, el delirio, el olvido de todos los objetos, para solo pensar en uno: el sueño constante de la felicidad, la continúa ansiedad de poseer un objeto que divinizamos y cuyos defectos revestimos de gracias y de perfecciones: si el amor es el desprendimiento de todo criterio; ese ver las cosas, no como son en realidad, sino como queremos que sean; si el amor es fingir una ilusion de contornos divinos que satisface todas las exigencias de una alma

privada de la facultad analítica que es la sublime prerogativa con que Dios dotó á la criatura, entonces, sí, convengo en que el matrimonio es su tumba. Pero si el amor hemos de entender por esa pasion dulce y tierna, siempre igual, siempre consecuente, nunca exagerada; si el amor consiste en esa íntima amistad nunca exigente, siempre sercicial; en ese amalgama de intereses y de pensamientos; en esa tranquilidad de espíritu del que posee el bien mayor que codiciaba en la tierra; en ese placer de compartir las penas que nos aquejan y los placeres que nos halagan, con una persona que toma parte activa en todo lo que nos pertenece; que se identifica con nosotros; que nos consuela y nos acompaña como el ángel de nuestra guarda, entonces el matrimonio es la fuente de todo bien y de todo amor; el puerto donde despues de las borrascas que han combatido al corazon, encuentra la paz y la calma en los brazos del sér que le acompaña hasta el último instante de la vida; que recoge su último suspiro; que le prodiga el último cuidado.



Para mí tengo que el matrimonio, lejos de ser la tumba del amor, es el rico manantial de donde nacen todos los amores lícitos, puros, inefables: el amor de padre, el más desinteresado y dulce de todos los afectos; el amor á la sociedad, el amor á la patria, como herencia que tiene que legar á sus hijos; el amor al trabajo, para atender á la educación de éstos, el amor al orden social. El matrimonio, lejos de ser la tumba del amor, es la vida del mundo; pues por él existe la sociedad; es la sávia fecundante que enlaza al género humano con los lazos de verdadero amor; la base en que descansa todo principio de orden; el amor por excelencia.

Y no se me diga que hay matrimonios que presentan el contraste marcado de la pintura que acabo de bosquejar. Yo hablo en tésis general, y ninguna fuerza tienen las excepciones que se puedan presentar para combatir una verdad innegable, puesto que las excepciones, en buena lógica, son las que vienen á robustecer la regla general.

En tanto que la esposa de Fernando per-

manecía abismada en sus tristes pensamientos, Juana, su fiel criada, la única confidente en otro tiempo de sus pasados amores estaba asomada á la ventana, como buscando en la calle algún objeto que no encontraba.

Ambas permanecían en el más profundo silencio: la una, ensimismada con sus dominantes ideas, y entretenida la otra en descubrir algo que con indecible afán anhelaba.

Luisa continuaba inmóvil, con la mirada fija en un punto, triste; pero con esa agradable melancolía que siente el alma cuando se alimenta con sus pasados recuerdos de ventura.

De repente otro recuerdo terrible, reciente, la hizo estremecer, dando á su angelical fisonomía ese tinte vago que imprime el temor: hacia cuatro días que Miguel no se había dejado ver en el arco del acueducto, y cuatro también que las enigmáticas palabras de su esposo la dieron á entender que había sucumbido á los golpes de su espada.

Este aterrador pensamiento la sobreco-  
gió de tal manera, que no pudo reprimir un



grito de terror, que sobresaltó á la criada que estaba en la ventana.

—¿Qué tiene vd., señorita?—dijo Juana corriendo adonde estaba su ama—¿está vd. mala?

—No—contestó Luisa ocultando dos lágrimas—ha sido un pinchazo que me he dado con el alfiler.

—¿Para qué esa reserva conmigo, señorita? ¿Por ventura no he sido yo siempre la depositaria de sus secretos?

—Tienes razon, Juana. ¿Para qué ocultarte lo que pasa en mi corazon? Tú conoces la pureza de mis sentimientos y que soy incapaz de faltar á mis deberes.

—Esa advertencia debia vd. haberse ahorrado conmigo que no puedo dudar de su virtud.

—Pues bien, Juana; tú sabes que habia un hombre que sin mi beneplácito, sin que recibiera la mas ligera muestra de cariño, venia todas las noches á situarse en el arco del acueducto frontero á esa ventana.

—Lo sé, señorita.

—Tú sabes que á ese hombre le amé cuan-

do pude amarle sin faltar á mis deberes, como nadie es capaz de amar, con delirio, con frenesí, con toda el alma. ¡Cuántas veces fuiste tú testigo de nuestras lisonjeras pláticas en que nos prometíamos un porvenir de interminable ventura! ¡Cuántas veces escuchaste sus palabras tan respetuosas como llenas de amor, en que me juraba eterna fidelidad, y á las cuales contestaban mis lábios prometiendo lo mismo que él me prometia! Pero yo le engañé: yo falté á mis juramentos: yo desgarré su corazon, y le hice desgraciado para siempre! . . .

Y abundantes lágrimas corrieron por el celestial semblante de la afligida Luisa.

—Usted no; fué la voluntad de vuestro padre, á quien no podia vd. desobedecer en el momento solemne de su muerte.

—No trates de disculpar mi perjurio, Juana: las promesas que se hacen á un amante, deben ser sagradas. Alimentar su amor, decirle que vivimos por él y para él; hacerle soñar con un bien que es su suprema dicha, su mundo, su existencia; hacerle consentir en la posesion del sér que adora; y cuando



creo alcanzar su mano, cuando juzga realizada su esperanza, cuando piensa que ha llegado al término de su viaje, decirle te he engañado; mis palabras de amor, mis juramentos de fidelidad eran mentira; voy á ser de otro para siempre.... esto, Juana, es matar las ilusiones que alimentan el alma; atraer con falaces engaños á la víctima para asesinarla villanamente; desencantar su corazon; hacerle aborrecible el mundo, donde arrastra la vida como una pesada carga que le agobia hasta bajar á la tumba!

Y Luisa se quedó agobiada como un pecador arrepentido bajo el peso de sus culpas.

—Vamos, señorita; no se entregue vd. de esa manera al dolor. Su padre de vd. quiso pagar los favores que debia al de Fernando, haciendo á vd. esposa de éste, y como hija obediente....

—Fuí indigna amante,—contestó Luisa atajando á Juana.—Por obedecer á un padre, desobedecí á mi conciencia: por no desobedecer á un moribundo, he sido tal vez la causa de la muerte de Miguel!....

—¿Cómo?

—¿No te dije las palabras que pronunció mi esposo en la Acordada cuando vino herido.

—Sí.

—¿Y no te dije tambien que aquellas palabras habian despertado en mi alma funestas sospechas?

—Sin duda.

—Hace cuatro dias de esto.

—Es verdad.

—¿Y hace cuatro noches tambien que el arco del acueducto está desierto!

—¿Dios mio!....—dijo Juana con ansiedad—¿sospecha vd.?

—¿Ah!....—Pronunció Luisa con esa mezcla de horror y de pesar que dan á la voz un acento extraño.—Todo me hace creer que Miguel sucumbió en el combate bajo la espada de Fernando!

—¿Eso sería terrible!

—¿Y quién si no yo, yo que le engañé, yo que encendí en él esa pasión que fomenté despues, es responsable de su muerte?

Y Luisa se cubrió el rostro con ambas manos, espantada con aquella idea.



—Mucho temo que se realice esa creencia. La calma de mi amo, sus atenciones con vd., su afán porque no se toque el asunto de la carta, y la ausencia de....

Juana se detuvo sin atreverse á pronunciar el nombre de Miguel.

—¿Es verdad que mis temores son fundados?—Repuso Luisa con la mayor ansiedad.—¿Es verdad que tú recelas lo mismo que yo?

—Yo abrigo una esperanza.

—¡Esperanza! ¡esperanza! — exclamó la jóven esposa con amargura.—¡La esperanza no es mas que una ilusion que halaga un instante para hacer mas cruel el desengaño!....

—Pero....

—No, Juana; mi présago corazon me anuncia una desgracia... ¡Miguel ha muerto!

Y ambas exhalaron un suspiro; inclinaron la cabeza sobre el pecho, y quedaron en el mas profundo silencio.

Los ojos de Luisa se veian bañados de lágrimas, tributo consagrado á la memoria del hombre que nunca pensó en otra mujer

sino en ella; en ella que le habia dejado por otro; en ella que le habia hecho consentir en un mundo de dichas inefables, de bienes sin guarismo, para arrojarle á una sima de tormentos, de penas y de amarguras.

Al ver á aquella mujer abismada en sus tristes pensamientos, pálida con ese leve tinte que imprime la profunda melancolía, bañado su angélico semblante por la suave luz de un quinqué velado por una elegante pantalla de gasa de variados colores; apoyada su hechicera cabeza sobre su turgente seno; envuelta en un ropaje blanco de transparente linon; caidos sus torneados brazos sobre la graciosa falda en que descansaban sus pequeñas manos entrelazadas, la hubiera creído un poeta el ángel de la resignacion ó de la esperanza.

Sin duda hubiera permanecido por mucho tiempo en aquel estado de abatimiento, á no haberles venido á sacar de él los gritos de algunos hombres que se aproximaban por S. Hipólito.

—¿Has oido, Juana?—dijo asustada Luisa.—No sé por qué se ha marchado Fer-



nando en una noche como esta, en que anda suelto el populacho.

—No tenga vd. cuidado: esa gente respetará la casa del que ha combatido con ellos.

—¡Mueran los *gachupines!*

Se oyó entonces ya muy cerca de la casa una voz que fué secundada por otras de varios hombres armados que pasaban por la calle.

—¡Yo estoy temblando!

Repuso la jóven esposa.

—Ya los pasos suenan muy cerca.

—Apaga la luz para que no adviertan que hay gente.

—Corriente—contestó Juana torciendo el tornillo del quinqué hasta apagarlo:—ahora, guardemos silencio.

Y ama y criada se aproximaron una á otra tan temerosas, que parecia que solo formaban un solo cuerpo.

Entre tanto los que venian gritando se acercaron tanto á la ventana, que Luisa y Juana oyeron distintamente lo que en la calle se hablaba.

—¡Quién será aquel *zopilote* (1).

Dijo uno de voz aguardientosa que indicaba por su acento, que la lengua andaba á tropezones en la boca.

—¿Quién?—contestó otro, despidiendo un eruto rebozado en pulque (2).—¿Aquel que está de centinela debajo del arco?

—El *mesmo*.

—¡Toma! algun enamorado.

Luisa y Juana se estrecharon la mano por un sentimiento de alegría y esperanza, al oír que se encontraba un hombre debajo del arco del acueducto.

—¡Quiere vd. que vea si es él?

Preguntó Juana, mas bien con el aliento que con palabras.

—No—dijo Luisa en voz muy baja;—espera á que esos hombres se vayan.

—¡Pero será Miguel?

—¡Dios lo quiera! Pero oigamos á esos hombres.

(1) Zopilote es un pájaro de México, especie de grajo muy grande, negro, y mayor que el cuervo, que se alimenta de inmundicias y de animales muertos.

(2) Vino del color de la leche, sacado del maguey, planta semejante á la que en España conocemos por pita.



—Oigamos.

—Pues la hora—repuso uno de los interlocutores de la calle—no es la mas á propósito.

—Para enamorado—agregó otro—está muy escondido. ¿No será algun *chaqueta* que se ha salvado de la matanza?

—Al menos es por ese *chisgo* (1).

—O algun espía de los gachupines.

—Voy á desengañarme.

Dijo el de la voz aguardientosa, levantando el ala de su ancho sombrero y des-  
embozándose la sábana en que iba envuelto.

—Pero ¿cómo?

Le preguntaron sus compañeros.

—Dándole un *plomazo*.

Y cuando esto dijo, ya un tiro había salido de su fusil.

Luisa y Juana lanzaron un ¡ay! espantoso, y se precipitaron á la ventana.

En aquel mismo momento un hombre se detenía muy cerca de la casa, y observaba todo, sin que nadie hubiese notado su llegada.

(1) Semejante, parecido.

El bulto de un cuerpo humano, envuelto en una capa, se deslizó como un fantasma por los arcos del acueducto.

Luisa reconoció á Miguel, y dejó escapar una exclamacion de alegría.

El hombre en quien nadie habia reparado, recogió aquella exclamacion, y reconoció tambien, lo mismo que Luisa, al personaje de la capa.

—Se ha escapado el pajarraco.—Dijo el que habia disparado.—Y es que veo muchas lucecitas.

—Pues le seguiré.

—¡Qué le has de seguir, si te desamparan las piernas!

—Y es verdad que me *desmamparan*, pero no es por miedo, sino por los *efeutos* del pulque.

El hombre que todo lo habia observado, se acercó al grupo, y dijo con tono imperioso.

—A sus casas, señores, que ya es hora de recogerse.

Aquellos hombres reconocieron al que les hablaba, y contestaron con respeto.



—Ya nos vamos, señor amo.

Y luego, al irse, gritaron con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Viva nuestro jefe D. Fernando! ¡Mue-  
ran los gachupines!

—¡Mi esposo!

Exclamó Luisa que, ocupada en seguir con la vista á Miguel que iba ya desapareciendo entre las sombras, no habia fijado la atencion en Fernando.

Este entró en su casa pronunciando entre dientes el nombre de Miguel y jurando venganza, aunque resuelto á no manifestarse celoso ni iracundo con su esposa.

## CAPITULO XII.

Temores de una separacion.

Al terminar la calle del *Puente de Alvarado*, está la linda plazuela de *Buenavista*, punto el mas pintoresco de la ciudad, donde se ven elegantes casas de sencilla arquitectura, rodeadas de bellísimos jardines, escondidas entre el espeso ramaje de los árboles, y bañadas por las saludables brisas de San Cosme, poético vergel que se extiende á los piés de la suntuosa poblacion como una alfombra de fragantes flores á las plantas de una bellísima sultana.

Desde uno de los miradores mas elevados de estas casas, se descubre á la vista el brillante panorama que presenta el inmenso valle de México; de allí se descubre el



magestuoso bosque de Chapultepec con sus multiplicados arroyos, con sus admirables albercas, con su magnífico colegio militar, situado en el vértice de un montecillo que le adorna, como el vigilante centinela de las selvas: de allí la frondosa calzada de la Piedad, orillada de lozanos y robustos árboles; de allí el pintoresco pueblo de Mixcoac; de allí Tacubaya, la favorita de la corte, con sus notables palacios, sus bellísimos jardines, sus excelentes huertas y su privilegiada temperatura: y de allí, en fin, el pueblecito de Popotla, con su misterioso, corpulento y vetusto ahuehuete de históricos recuerdos, al pié del cual se sentó agobiado de fatiga y de pesares, el valiente Hernán Cortés en aquella memorable retirada conocida por *la noche triste*, en que asomó á sus ojos una lágrima de tristeza, al contemplar el lamentable estado de su reducido ejército, que huía de la ciudad pobre y derrotado.

Pero volvamos á Buenavista.

En la época á que nos referimos en nuestra historia, se veía en el mismo punto en

que hoy existe el jardín que se levanta en el centro de los elegantes edificios que allí se han construido, una humilde casita, aislada, limpia y risueña, cobijada por el tupido follaje de los álamos y fresnos que proyectaban una verde y oscilante bóveda, en que anidaban canoras y pintadas avecillas que aumentaban el encanto de aquella deliciosa mansion. Un ligero puentecillo, por bajo el cual pasaba murmurando un limpio arroyuelo, conducía á un espacioso terreno, cubierto de naranjos, limas, y limoneros, en que estaba situada la modesta habitación.

El interior de esta casita correspondía en un todo á su exterior.

El adorno de su reducida sala consistía en cuatro pintadas rinconeras, repartidas en los cuatro ángulos, sobre cada una de las cuales descansaba una jarrita de porcelana de China, con un ramo de flores naturales. Un sofá de cerda y una docena de sillas decentes, aunque de poco precio, se veían colocadas, con agradable simetría, por la estancia; y en el espacio que media-



ba entre dos balcones con vista al campo, lucia un espejo de tamaño regular sobre una consola de agradable hechura: las paredes ostentaban por tres lados, varios cuadros con la historia del Hijo Pródigo, ocupando el cuarto una imágen de la Virgen de los Dolores, cuyo marco tenia embutidos, en su parte inferior, dos pequeños candeleros, ocupados en aquel momento por dos velas de cera encendidas á la Madre de Dios: una mesita redonda con un precioso ramo de flores en un gran vaso de cristal, ocupaba el centro de la pieza; y blancas cortinas de muselina velaban las puertas-vidrieras de los balcones.

Dos personas se hallaban en la pieza que de describir acabo.

Eran una mujer y un hombre: aquella graciosa, interesante, esbelta, ostentando todas las gracias de la juventud; éste, anciano, aunque de complexion vigorosa y robusta.

La primera estaba sentada en una silla baja, detras de la vidriera del balcon, leyendo en un libro, que parecia ser el Año Cris-

tiano: acababa de salir del baño: su cabello, rubio como el oro de su patria, caia en sueltas y finísimas hebras sobre su ebúrnea espalda, cubierta entonces por un blanco cendal, para evitar que la humedad, que aun conservaba el luciente cabello, pudiese incomodarla: sus ojos, azules y apacibles como el cielo de México, estaban fijos en las hojas del libro, que de rato en rato las volvía con su graciosa y pequeña mano blanca y suave como el cándido algodón de América; en su fisonomía apacible y virginal, estaba trasladada la hermosura de los ángeles, la modestia que imprime la virtud, la dulzura que presta á las almas sensitivas la esmerada educacion. Era uno de esos tipos indescribibles, y por lo mismo sublimes, que solo el fecundo pensamiento los puede concebir, pero que no es dado al idioma humano explicar jamas. Su delicioso contorno, bañado por la suave luz que, al traves de los frondosos árboles dudaba enviar el fecundante sol, se destacaba de las cándidas cortinas de trasparente gasa, como una de esas deliciosas vírgenes de Murillo cer-



cadras de blancas y oscilantes nubes que en caprichosas formas se elevan sobre el éter.

De repente una lágrima de profunda tristeza asomó brillante á sus divinos ojos, rodó lentamente por sus pudorosas mejillas, y fué á caer sobre la religiosa página del libro.

El anciano, que no perdía el menor movimiento de aquella jóven á quien miraba con indecible ternura, advirtió aquella furtiva lágrima que encerraba para él una historia de amargos recuerdos, y se sintió conmovido hasta la médula de los huesos.

—¿Qué tienes, hija mia?....—Dijo lleno de ternura, acercando su silla á la de la jóven.—¿Qué tienes, mi adorada Pilar?

—Nada, padre mio:—respondió la jóven procurando ocultar su llanto, y sonriendo con esa lánguida tristeza que denuncia el dolor del alma.—Estoy tranquila.

—No, Pilar, acabo de ver correr tus lágrimas.

—¿Mis lágrimas?

—Sí, hija mia; y tienes razon. ¡Bajar en un solo dia, en una sola hora, de una posi-

eion brillante al estado mas triste de pobreza!.... ¡Ah!.... tienes razon, Pilar.... tu llanto es justo!....

—¡Padre mio!....

Exclamó la jóven conmovida, y estrechando con cariño las manos de su anciano padre, sobre las cuales fueron á caer algunas de sus lágrimas.

—¿Qué puede inspirarte sino tristeza, esta humilde habitacion, donde todo respira dolor, donde nada nos queda de lo que poseimos?

—No, padre mio, no es la falta de riqueza la que yo lloro; es, sí, verle á vd. agobiado con el pensamiento de nuestro porvenir. ¡Cree vd. que extraño la falta de los objetos de lujo que ha vendido vd., ni la suntuosa habitacion en que ayer vivimos, ni los delicados manjares en que abundaba nuestra mesa? No, padre mio: lo mismo me siento yo sobre las humildes sillas que adornan esta reducida salita, que sobre los mullidos sillones del mas régio salon: al lado de vd. todo es grato para mí; lloro, porque



veo á vd. llorar; estoy triste, porque le veo á vd. padecer....

El anciano besó la frente de su hija con una efusion profunda de ternura, y exclamó conmovido y con la vista nublada por el llanto.

—¡La desgracia tambien tiene sus goces!.... ¡Dios es bueno!.... ¡todo lo ha previsto!.... ¡Qué me importa que los hombres me destierren del país que amo, si el Eterno me ha dado dos ángeles, dos hijos que me acompañen en mi destierro?...

—¡Cómo!.... ¡Aun cree vd., querido padre, que no consiga Cárlos la excepcion para que no le expulsen á vd?

—Sí, Pilar: creo que los pasos de tu hermano son inútiles, y por eso me he apresurado á vender todos los muebles de nuestra casa, para destinar su importe al viaje, que sin duda tendremos que emprender tal vez dentro de breves dias.

En el semblante de Pilar se pintó una mortal palidez: soltó el libro que cayó sobre su falda; inclinó su lánguida cabeza sobre su pecho en señal de abatimiento, y ex-

haló un suspiro que no pudo comprimir por mas tiempo dentro de su amante corazon. Aquellas palabras le recordaron que tenia que abandonar el agradable suelo en que vivia el hombre que amaba, el sér en quien cifraba su felicidad, el jóven médico á quien el lector vió dirigirse á la casa de Rossi para desafiarle, y á quien Pilar hacia dos dias que no habia vuelto á ver.

D. Andrés que, como hemos visto, ignoraba aquella pasion de su hija, atribuyó su profundo suspiro al natural pesar que acompaña al que va á dejar su patria, y añadió procurando consolarla.

—Pero no irémos á una de esas poblaciones pequeñas en que es negativa la felicidad, en que se vegeta como las plantas, en que los goces, aunque puros, no satisfacen al hombre educado en el bullicio de las populosas ciudades, donde para cada deseo hay un objeto correspondiente que le llena. Irémos á Madrid ó Sevilla, Valencia ó Barcelona, ciudades que podrán proporcionarnos todas las comodidades que contribuyen á hacer agradable la vida.



Pilar no supo qué responder. ¿Qué le importaban á ella todos los placeres de la tierra, si se veía privada del dulce objeto de su amor? Para el que ama, las fiestas, los bailes, las diversiones públicas tienen irresistible atractivo, cuando concurre á ellas el sér que idolatra, que lo embellece, en su concepto, todo con su presencia: cuando este sér falta, los teatros aparecen desiertos, solitarios y tristes los paseos, místicas las flores, muerta y fria la naturaleza.

—¿Qué tienes, hija mia?—agregó el anciano, extrañando el silencio de Pilar.—¿Nada me respondes?... ¿Nada me dices de lo que te parecen mis proyectos?

—Todo lo que vd. dispone me parece bien, padre mio.

Contestó Pilar haciendo un esfuerzo para ahogar los sollozos que brotaban del corazón.

—Allí se vive con poco; y si consigo que me paguen las cantidades que me deben algunas personas á quienes fé géneros de valioso precio, podremos pasar, hija mia, una existencia tranquila y envidiable.

El ruido de la puerta de la sala que se abría en aquel instante, vino á interrumpir la conversacion.

Un criado apareció en el dintel, diciendo:

—Un caballero desea hablar con vd., señor amo.

—¿No ha dicho su nombre?

—No señor.

—¿Es persona decente?

—Así parece.

—¿Quién será?....

Exclamó Pilar con temor y sobresalto.

—Tal vez algun agente del gobierno que viene á comunicarme la órden de expulsion.

Respondió con serenidad el anciano.

—¡Dios mio!....

Dijo la jóven con el acento del dolor de aquel que vé perdido cuanto ama en el mundo.

—¿Qué le digo?

Preguntó el criado.

—Que pase.

Contestó D. Andrés.

El criado se fué, y el anciano añadió dirigiéndose á Pilar.



—Déjame solo, hija mia; despues te diré quién ha sido: y sea cual fuere el golpe que nos espera, recibámosle con serenidad.

La jóven no contestó: estrechó afligida la mano de su amado padre: recibió un beso de éste en la frente, y marchó á su cuarto, presintiendo una nueva desgracia.

Don Andrés, á quien nada podia sorprender ya, por la razon de que esperaba de un momento á otro la órden de abandonar el país, se preparó á recibir á la persona que le buscaba, procurando dar á su semblante aquel aire de tranquilidad que acompaña al verdadero valor cuando va unido á la inocencia.

La puerta de la sala volvió á abrirse en aquel momento, y se presentó un hombre desconocido para D. Andrés.

Quién era aquel hombre y cuál la mision que llevaba, lo dirémos despues de ocupar nos de otros personajes que nos esperan.

### CAPITULO XIII.

Quien bien te quiere te hará llorar.

Estamos en el gabinete de Miguel. Un sofá y algunas sillas; una mesa con recado de escribir; un estante fino de caoba con obras escogidas, y cuatro retratos de cuerpo entero, uno del cura Hidalgo que dió el grito de independencia en 1810; otro de Iturbide que la llevó á cabo en 1821; el tercero de Bolívar, y el cuarto suyo, formaban el adorno de aquella pieza. Bajo el último retrato se descubria una puerta, velada por cortinas de damasco azul, que conducian á su alcoba.

En este gabinete sencillo, pero decente, se encontraban dos hombres que, á juzgar por la franqueza y aprecio que se dispensa-